

SESION NECROLOGICA EN MEMORIA DEL ILMO. SR. D. JUAN BERNIER LUQUE. ACADEMICO NUMERARIO DE LA SECCION DE BELLAS LETRAS.

JUAN BERNIER, DESCENDIENTE DE COLONOS

Cuando la Real Academia de Córdoba fue invitada por este ilustre Ayuntamiento a celebrar un acto de homenaje al insigne cartolteño Juan Bernier, no dudé un instante en intervenir en el mismo, justificado no en la alegación de una amistad más o menos intensa y en un conocimiento de su persona y obra profundo —aunque tal existiera sin escalar a tan altas cotas—, sino que habría de partir de la premisa de mi dedicación al estudio del hecho colonizador carlotercista.

Desde esta tribuna se han escuchado hoy y se seguirán oyendo voces muy autorizadas que dedicarán su verbo a la exaltación de su obra poética por tantos admirada y a sus conocimientos sobre arqueología provincial, de la que tantas pruebas escritas ha dejado, y, sobre todo, de su honda humanidad. Pero, es posible, que no se recuerde al hombre que acuciado por sus ancestros se volcara en vida en el cariño y el amor hacia su patria chica, plasmado todo a través del intento de profundizar en el conocimiento de los orígenes y desarrollo histórico del pueblo que le vio nacer. En este aspecto de su compleja personalidad, quizá menos público y, por supuesto, menos extrovertido en sus manifestaciones como hombre de coloquio, que le vincula con los más fuertes lazos espirituales a su tierra, es en el que quien os habla va pretendiendo destacar con un mayor énfasis.

Juan Bernier descendiente de colonos. Heredero directo de aquellos hombres provenientes de lejanos lugares, centroeuropeos, como muchos de los que estais presentes, dedicados en cuerpo y alma a transformar las entrañas de aquellos baldíos en tierras de pan llevar, para que el fruto de su trabajo fuese capaz de levantar y sostener en progreso aquellos nuevos pueblos surgidos gracias a la plasmación del ideal ilustrado. A los descendientes directos del insigne carloteno hoy motivo de homenaje, los encontramos ya censados en el primero de los padrones parroquiales levantados en 1769, como control eclesiástico de cumplimiento pascual en la capital de las Nuevas Poblaciones de Andalucía. Ellos, como el resto de los emigrantes extranjeros y españoles, constituirán la pieza clave del desenvolvimiento de la Real Carlota, puesto que su aportación personal —así estipulada en el fuero especial concedido— se plasmó, no sólo en la roturación de las «suertes» y en el levantamiento de sus viviendas, sino también en la construcción de los edificios públicos que daban albergue a los servicios administrativos indispensables para el buen funcionamiento de las colonias.

Palacio del Intendente, iglesia, pósito, cárcel, posada... La Real Posada... ¡Qué encontradas vivencias y emociones! ¡Qué gratos recuerdos suscitaba este noble edificio en el corazón del hombre que ahora homenajeamos! Nace Juan Bernier dentro de sus muros. Su afecto hacia este monumento arquitectónico barroco, considerada su fachada por Jesús Rivas como una rítmica sucesión de arcos, era bien conocido.

Quizá una de las motivaciones de afianzamientos de los vínculos que unían al que os habla con el poeta-arqueólogo fue esta construcción, especialmente predilecta para él por las circunstancias reseñadas. Si nuestros primeros contactos tuvieron como inicio mi dedicación al tema colonizador, volcándose en atenciones y ayuda hacia mi persona, este afecto se vio sobreabundantemente ratificado cuando a partir de una de mis visitas al Archivo Histórico Nacional pude rescatar un documento —del que le hice entrega— en el que con muy cuidada minuciosidad se va describiendo el proyecto inicial del levantamiento de aquella posada que habitó en

los primeros años de su niñez. Su agradecimiento fue notable y yo, en el día de hoy, como dedicación a su persona y una explicitación ante sus paisanos del afecto profundo que sentía este hombre de bien hacia su tierra, voy a transcribir con brevedad.

Don Fernando Quintanilla, nombrado ya subdelegado de las Nuevas Poblaciones de Andalucía, se dirige desde San Sebastián de los Ballesteros, en septiembre de 1768, al Superintendente D. Pablo de Olavide, comunicándole la idea de construir una posada en el lugar de La Parrilla, cuando ya había comenzado el alzamiento urbano que compondría La Real Carlota. Dice textualmente que «constaría de veinte varas de frente y ocho y media de fondo, partida esta latitud con unos arcos lo más delgados que pueden para que los enmaderados mueran en ellos y tengan pocas cimbras. En un extremo formaré seis cuartos con citaras de tres varas en cuadro, dejando en medio vara y media de hueco para su comunicación. En el otro extremo, un cuarto de cuatro varas para el posadero con puertas a la cocina, que lo será el resto de este testero. Y me queda libre un portal de siete varas para que francamente puedan entrar los carruajes. A las tres varas de altura se pondrá el entresuelo y sobre los arcos se levantarán los pilares para que, poniendo planchas de madera vengan las maderas bien del tejado. Y tendrá los mismos cuartos que abajo, dividiendo el resto del hueco para pajar y tener cebada. Y todo el cuerpo será de seis varas de alto.

Un patio de veinte varas en cuadro para que puedan entrar en él los carruajes y tomar vuelta. En el testero del fondo una caballeriza de seis varas de ancho para dos pesebreras y poniendo en medio pilares. Sobre ellos planchas y nada encima, se acomoda el tejado con maderas cortas. En los costados dos caballerizas de tres varas y media de ancho cubiertas con colgadizo y pajar encima».

Estas son las líneas básicas e iniciales en la ejecución de aquella Real Posada, descanso de viajeros transitadores del camino real de Andalucía abierto por Le Maur durante el reinado del tercer Carlos y lugar de nacimiento de Juan Bernier.

Su afecto hacia mi persona se redobla a partir de la recepción de esta carta y nuestras charlas, tanto en su domicilio particular como en la terraza de Sirocco, versaron casi siempre sobre colonización, prueba inequívoca de su interés hacia esa temática. Aunque su salida de aquel edificio se produjo en plena niñez al trasladarse a Las Pinedas, uno de los departamentos, por necesidades familiares y en donde, como anécdota un tanto curiosa, añadiremos que dedicó sus tiernos años a ayudar a misa y a aprender latín de manos del párroco de turno, nunca llegó a borrar de su memoria el lugar de su nacimiento. Su carácter vitalista no impidió que anidase siempre en él un recuerdo íntimo y afectivo hacia aquel edificio funcional que, como otros de la época magistralmente descritos por el inglés Barrow, fueron cuna de una picaresca de caminantes, bandoleros, truhanes y forajidos mezclados con la gente sencilla del pueblo.

La nostalgia colonizadora fue siempre una constante en su pensamiento. A pesar de su residencia permanente en la capital, con frecuencia hacia escapadas a su pueblo natal acompañado de algún amigo pasando desapercibido de todos. Allí se extasiaba contemplando los edificios públicos, pura vivencia representativa del fuero especial que rigió aquellas nuevas poblaciones. Sentado en la mesa de un bar o paseando por la calle dedicada al mas esclarecido de los Borbones, sus ancestros hacían revolver en sus entrañas unos orígenes a los que nunca renunció y siempre dedicó singular cariño. Sin un reflejo patente en su actividad poética, la pasión por el hecho colonizador y, consiguientemente, por el pensamiento ilustrado —pues fruto de éste fue el anterior— se reflejaron no sólo en sus disquisiciones especulativas, sino que llegaron a plasmarse en capítulos a ella consagrados. Prueba fehaciente fue su colaboración en la revista «Omeya» sobre el II Centenario de la fundación de las Nuevas Poblaciones de Andalucía; en la elaboración del informe elevado por este ilustre Ayuntamiento en solicitud de una insignia heráldica para la localidad —y en el que puso todos sus saberes sobre el tema—, así como en la bellísimas páginas que

le dedica en ese monumento arqueológico-literario que es su libro «Córdoba, tierra nuestra», amén de la redacción casi en exclusividad en el «Catálogo Artístico y Monumental de la provincia de Córdoba» del capítulo sobre La Carlota.

En sus líneas se proclama ardiente defensor del ideario de la Ilustración, contra la cerrazón y el caciquismo imperante en la sociedad de la época. Procuró, además, por todos los medios a su alcance, estimular a todos aquellos que intentaron ahondar en el estudio de esta parcela de la historia dieciochesca, tan vinculada a sus orígenes y que, quizá, la llamada constante de sus predecesores hacía prevalecer dentro de la multiplicidad de sus facetas vitalistas.

Así era y así fue Juan Bernier, descendiente de colonos y colono él por derecho propio de esta Real Carlota, que hoy se une y apiña en torno a su recuerdo al dedicar este homenaje, al que humildemente hemos contribuido.

Pero no quisiera finalizar mi intervención sin exteriorizar un ruego al Sr. Alcalde, como representante municipal. Y es el de sugerirle colocar en la fachada de esa Real Posada una placa que recuerde el lugar de nacimiento de tan ilustre carlo-teño.

Rafael VAZQUEZ LESMES

*

A PROPOSITO DE UN RECINTO

IBERICO EGABRENSE

Por tratarse de uno de los temas favoritos de Juan Bernier y que tan bien estudió, hemos querido añadir alguno más a la larga lista que él trabajó: los recintos ibéricos. Sirvan, pues, estas líneas de justo homenaje y recuerdo.

La zona de Cabra es interesante por los recintos ibéricos que en ella existen. Se ha discutido mucho sobre la finalidad de estas plazas fuertes, siendo dos las explicaciones más verosímiles: su utilización para controlar los pasos obligados de unas zonas a otras o bien como puestos defensivos avanzados, colocados en situaciones dominantes y divisándose uno desde otro, como veremos más adelante. La panorámica, por tanto, desde éstos suele ser muy amplia.

Entre Cabra y Nueva Carteya se hallan los recintos de «El Caserón del Portillo», el de «Plaza de Armas» y el de «San Nicolás», los tres registrados y estudiados en su día por Juan Bernier y Javier Fortea (ver *BRAC* n. 65, diciembre, 1963). Hay, sin embargo, otros de igual interés, de los que hoy vamos a referirnos al de «La Merced». Está situado éste a unos 5 kms. de Cabra en la margen derecha de la carretera que conduce a Priego. A primera vista parece que se encuentra aislado de los demás, pero no es así, ya que se comunica con los del camino de Nueva Carteya citados por otro intermedio, el llamado de «El Chifle»: desde éste, desde su «sillón de la reina» se puede contemplar una panorámica general de la ciudad de Cabra y al fondo muy difuminados los recintos de Nueva Carteya; el de «La Merced» se ve perfectamente ya que sólo los separan unos 3 kms. en línea recta.

le dedica en ese monumento arqueológico-literario que es su libro «Córdoba, tierra nuestra», amén de la redacción casi en exclusividad en el «Catálogo Artístico y Monumental de la provincia de Córdoba» del capítulo sobre La Carlota.

En sus líneas se proclama ardiente defensor del ideario de la Ilustración, contra la cerrazón y el caciquismo imperante en la sociedad de la época. Procuró, además, por todos los medios a su alcance, estimular a todos aquellos que intentaron ahondar en el estudio de esta parcela de la historia dieciochesca, tan vinculada a sus orígenes y que, quizá, la llamada constante de sus predecesores hacía prevalecer dentro de la multiplicidad de sus facetas vitalistas.

Así era y así fue Juan Bernier, descendiente de colonos y colono él por derecho propio de esta Real Carlota, que hoy se une y apiña en torno a su recuerdo al dedicar este homenaje, al que humildemente hemos contribuido.

Pero no quisiera finalizar mi intervención sin exteriorizar un ruego al Sr. Alcalde, como representante municipal. Y es el de sugerirle colocar en la fachada de esa Real Posada una placa que recuerde el lugar de nacimiento de tan ilustre carlo-teño.

Rafael VAZQUEZ LESMES

*

A PROPOSITO DE UN RECINTO

IBERICO EGABRENSE

Por tratarse de uno de los temas favoritos de Juan Bernier y que tan bien estudió, hemos querido añadir alguno más a la larga lista que él trabajó: los recintos ibéricos. Sirvan, pues, estas líneas de justo homenaje y recuerdo.

La zona de Cabra es interesante por los recintos ibéricos que en ella existen. Se ha discutido mucho sobre la finalidad de estas plazas fuertes, siendo dos las explicaciones más verosímiles: su utilización para controlar los pasos obligados de unas zonas a otras o bien como puestos defensivos avanzados, colocados en situaciones dominantes y divisándose uno desde otro, como veremos más adelante. La panorámica, por tanto, desde éstos suele ser muy amplia.

Entre Cabra y Nueva Carteya se hallan los recintos de «El Caserón del Portillo», el de «Plaza de Armas» y el de «San Nicolás», los tres registrados y estudiados en su día por Juan Bernier y Javier Fortea (ver *BRAC* n. 65, diciembre, 1963). Hay, sin embargo, otros de igual interés, de los que hoy vamos a referirnos al de «La Merced». Está situado éste a unos 5 kms. de Cabra en la margen derecha de la carretera que conduce a Priego. A primera vista parece que se encuentra aislado de los demás, pero no es así, ya que se comunica con los del camino de Nueva Carteya citados por otro intermedio, el llamado de «El Chifle»: desde éste, desde su «sillón de la reina» se puede contemplar una panorámica general de la ciudad de Cabra y al fondo muy difuminados los recintos de Nueva Carteya; el de «La Merced» se ve perfectamente ya que sólo los separan unos 3 kms. en línea recta.



Fig. 1

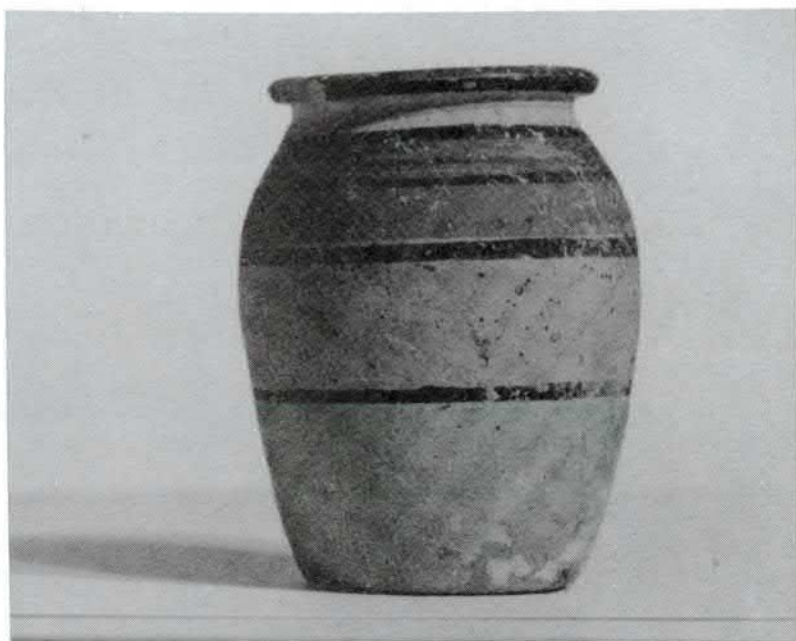


Fig. 2.

Está el recinto en el cerro de «La Merced» y así hemos denominado a éste. Su finalidad es claramente la de controlar el paso obligado de Cabra hacia Priego, Alcalá la Real y Granada. Es considerable la distancia entre los recintos del camino hacia Nueva Carteya y el de «El Chifle» y más aún del de «La Merced», si bien hemos visto restos de otro recinto intermedio en la margen derecha de la carretera que va de Cabra a Doña Mencía, en la finca de «Juan de Escama» que, pensamos, podría tratarse de otro jalón en esta red de recintos y fortalezas defensivas.

El recinto de «La Merced» tiene perfectamente conservados sus lados sur y oeste que miden 19'50 mts. cada uno; del lado norte se conservan en perfecto estado 12 mts. y no se conserva prácticamente nada del lado este; tampoco se pueden ver los apoyos del parámetro en la roca madre por estar enterrados. En la fig. 1 se puede ver un detalle de la muralla en su lado norte donde se observa perfectamente la alternancia de hiladas altas y bajas. Para lograr la fotografía hubimos de talar la gran vegetación de gayombas que son frecuentes en este monte, como se puede apreciar. Los sillares, sin ser de las dimensiones de los de «El Caserón del Portillo», son de 1'30 x 0'92 x 0'40. En la parte alta del recinto se observa una entrada entre dos bastiones, donde aparecieron abundantes restos de cerámica muy interesantes, restos de vasijas, una de ellas totalmente completa, como podemos apreciar en la fig. 2, con bandas rojas y rosadas y a veces entrelazadas de rayas rojas, dibujos típicos de la cerámica ibérica, que se pueden fechar en el siglo III a. C., pues, aunque las escuelas de cerámica ibérica deben empezar hacia el siglo IV a. C., suelen llegar hasta la época romana y a veces hasta han aparecido monedas romanas dentro de un vaso ibérico.

Julián GARCIA GARCIA

*

JUAN BERNIER CRITICO, PROSISTA Y TRADUCTOR

La rica personalidad de Juan Bernier proyectóse sobre múltiples facetas artísticas, científicas y literarias, convirtiéndose en un auténtico humanista de la Córdoba del siglo XX.

Verdadero ideólogo del grupo «Cántico», supo vislumbrar el rico veneno lírico de sus compañeros de generación. Su autoridad y magisterio influyeron poderosamente en poetas como Mario López, que acentuó las notas populares de su creación henchida de amor al paisaje, a la campiña y a los olivos que circundan su Bujalance natal.

Juan Bernier juzgó la obra literaria sin acritud, aplicando en sus justas y exactas apreciaciones la técnica que había preconizado el gran crítico francés Saint Beuve: visión dogmática e historicista de la obra analizada, enriquecida con una introspección impresionista, propia del artista que funde su alma con la del creador en una maravillosa síntesis de recreación estética.

Está el recinto en el cerro de «La Merced» y así hemos denominado a éste. Su finalidad es claramente la de controlar el paso obligado de Cabra hacia Priego, Alcalá la Real y Granada. Es considerable la distancia entre los recintos del camino hacia Nueva Carteya y el de «El Chifle» y más aún del de «La Merced», si bien hemos visto restos de otro recinto intermedio en la margen derecha de la carretera que va de Cabra a Doña Mencía, en la finca de «Juan de Escama» que, pensamos, podría tratarse de otro jalón en esta red de recintos y fortalezas defensivas.

El recinto de «La Merced» tiene perfectamente conservados sus lados sur y oeste que miden 19'50 mts. cada uno; del lado norte se conservan en perfecto estado 12 mts. y no se conserva prácticamente nada del lado este; tampoco se pueden ver los apoyos del parámetro en la roca madre por estar enterrados. En la fig. 1 se puede ver un detalle de la muralla en su lado norte donde se observa perfectamente la alternancia de hiladas altas y bajas. Para lograr la fotografía hubimos de talar la gran vegetación de gayombas que son frecuentes en este monte, como se puede apreciar. Los sillares, sin ser de las dimensiones de los de «El Caserón del Portillo», son de 1'30 x 0'92 x 0'40. En la parte alta del recinto se observa una entrada entre dos bastiones, donde aparecieron abundantes restos de cerámica muy interesantes, restos de vasijas, una de ellas totalmente completa, como podemos apreciar en la fig. 2, con bandas rojas y rosadas y a veces entrelazadas de rayas rojas, dibujos típicos de la cerámica ibérica, que se pueden fechar en el siglo III a. C., pues, aunque las escuelas de cerámica ibérica deben empezar hacia el siglo IV a. C., suelen llegar hasta la época romana y a veces hasta han aparecido monedas romanas dentro de un vaso ibérico.

Julián GARCIA GARCIA

*

JUAN BERNIER CRITICO, PROSISTA Y TRADUCTOR

La rica personalidad de Juan Bernier proyectóse sobre múltiples facetas artísticas, científicas y literarias, convirtiéndose en un auténtico humanista de la Córdoba del siglo XX.

Verdadero ideólogo del grupo «Cántico», supo vislumbrar el rico veneno lírico de sus compañeros de generación. Su autoridad y magisterio influyeron poderosamente en poetas como Mario López, que acentuó las notas populares de su creación henchida de amor al paisaje, a la campiña y a los olivos que circundan su Bujalance natal.

Juan Bernier juzgó la obra literaria sin acritud, aplicando en sus justas y exactas apreciaciones la técnica que había preconizado el gran crítico francés Saint Beuve: visión dogmática e historicista de la obra analizada, enriquecida con una introspección impresionista, propia del artista que funde su alma con la del creador en una maravillosa síntesis de recreación estética.

Juan Bernier, hombre de amplísima cultura, moldeó su espíritu con las normativas líricas derivadas de las escuelas parnasianas y simbolistas, que tanto influirían en Rubén Darío y en los poetas del 27. Sus conocimientos sobre literatura sorprendían muy positivamente al profesional, que se rendía ante el magisterio de aquel hombre sencillo y tremendamente humano.

Verdadero pionero del grupo «Cántico» con Pablo García Baena y Ricardo Molina, poeta de altísimo vuelo e investigador incansable de los más importantes yacimientos arqueológicos de la provincia, Juan Bernier ha sido el artista creador de una obra que perdurará en el recuerdo de todos, como modelo de perfección técnica y proyección personal. Sin embargo, muy pocos se han detenido a considerar la altísima calidad de su prosa y su labor como traductor de poetas foráneos, a los que supo insuflar su verdadero espíritu al verter las obras al español.

En Juan Bernier no hay separación ni distinción entre prosa y verso. Ambas manifestaciones constituían en sus producciones auténticas muestras de poesía, según la acertada exposición de Juan Rey, para quien el ideal del poeta y del prosista debe ser crear belleza y producir en el lector la más intensa emoción estética.

En Juan Bernier prosa y verso se dan la mano en un noble desafío de proyección lírica e interiorización espiritual. Aquella fluye mansamente, adornada de sugerentes figuras retóricas y engalanada con el ropaje poético que sólo persigue la belleza, como reflejo del orden, de la verdad y de la bondad, según la feliz definición que pergeñara Santo Tomás de Aquino: «splendor ordinis, splendor veritatis, splendor bonitatis».

El verso de Juan Bernier, majestuoso en su estructura versicular, es el fiel exponente del susurro existencial y de su apasionada vitalismo que se proyecta sobre un paisaje siempre sensual y caliente, donde la tierra es genésica y llena de portentosa voluptuosidad. Poeta metafísico, angustiado en múltiples ocasiones, y siempre fiel al orbe circundante, que transfigura y convierte en auténtica realidad con su lenguaje tensivo y directo, sincero y humano.

También destacó, sobremanera, el autor de «Aquí en la tierra» en las traducciones de poetas extranjeros, plasmando en español el pensamiento del original con la máxima corrección y propiedad, como hicieran Fray Luis de León y Ramón Pérez de Ayala.

En el número de diciembre de 1947 de la revista «Cántico», Juan Bernier vierte al español seis sonetos de la poetisa portuguesa Florbela Espanca: «Toda la noche...», «Ser poeta...», «Horas muertas...» y «Yo quería...», «Un sueño alado...» y «Mi amor, amado mío...».

Florbela Espanca, escasamente conocida en los ambientes literarios portugueses antes del suicidio que segaría su corta vida, sólo contaba 35 años, alcanzó una inmediata, entusiasta y reparadora celebridad, convirtiéndose en la mayor poetisa, quizás, de las letras lusitanas de todos los tiempos. Con carácter póstumo aparecieron (1931) la colección de cuarenta y seis sonetos «Brezo en Flor», el tomo de poesías «Reliquiae», el de cuentos «Máscaras del destino», el volumen «Juvenalia», su epistolario (Cartas) y nuevos cuentos en un segundo libro titulado «Dominó negro». Personalidad contradictoria e inquieta, Florbela Espanca supo llevar al soneto nuevos matices de insaciable y apasionada femineidad, de resignado narcisismo y de universal capacidad de compenetración con los objetos y el paisaje.

Juan Bernier supo apreciar las principales características de la lírica de la poetisa portuguesa: «Su poesía —decía— tiene un valor más alto que éste de desnudar en maravillosos versos su desolación y angustia. Toda ella está impregnada de un aliento que podríamos llamar metafísico, de una inspiración ultraterrena».

La capacidad traductora de Juan Bernier alcanza cotas difícilmente superables cuando estudia la obra de la poetisa portuguesa, con la que tiene cierta comunidad de ideas y pensamientos. La poesía metafísica y de angustia del autor de «Canto del

Sur» encuentra amplio eco en algunos sonetos de «Brezo en Flor», donde convergen el existencialismo, la metafísica y un fuerte desasosiego vital que alumbran una cosmovisión especial, compensada siempre con una desbordada sensualidad y un lenguaje que no quiere nunca olvidar que el arte aspira siempre a ser materia artística, según preconizara Teófilo Gauthier.

José M^a OCAÑA VERGARA

*

EL PROFESOR JUAN BERNIER QUE YO CONOCI

Corría el año 1968 y en los albores de mi ejercicio profesional fui destinado a la entonces Escuela Normal de Córdoba, que estrenaba por aquellos días edificio, por cierto nada adecuado a su función, en el barrio del Sector Sur.

En el Colegio de Prácticas «San Juan de la Cruz», anejo a la entrañable Normal, ejercía como profesor, de los llamados «anejistas», un hombre ya en aquellos tiempos ilustre por su pluma hecha versos y por sus andanzas impregnadas de arqueología provincial que se llamaba Juan Bernier Luque.

Supe de él que fue amigo de mi padre desde su infancia, que ambos estudiaron juntos la carrera de Magisterio y que nuestras respectivas familias habían estado relacionadas, por razones topográficas y viajeras, desde mucho tiempo atrás.

Supe de él que era abogado, profesión por la que no sentía la más mínima vocación, si bien su estudio le había proporcionado una profunda formación humanística y una amplia y certera visión de las gentes y de su entorno más próximo, como diría Ortega y Gasset.

Supe de él que era académico y que entendía lo académico en el más claro sentido unamuniano y un articulista de prensa que cosechaba por ello unas escasas monedas y no pocos sinsabores.

Y todo lo supe por sus propias confesiones, en largas charlas y paseos por el arbolado patio de su colegio. Colegio en el que ejercía su labor docente, ciertamente tan poco vocacionado a ella como a la jurídica, pero a la que amaba como proporcionadora de su principal medio de vida. Por eso la ejercía con dignidad siempre y hasta con cierto entusiasmo a veces. Pude constatar a menudo que sus alumnos lo querían como a un padre y lo admiraban como a un sabio.

Otro tanto venía a ocurrir con los alumnos de la Escuela Normal que temporal o parcialmente asistían como aprendices a sus clases o realizaban con él las prácticas que la legislación del momento exigía.

Bernier fundamentaba sus principios pedagógicos en la tolerancia de quien se ve coronado de la sabiduría y es capaz de encauzarla hacia los demás. Por eso rechazó siempre, con humor y hasta con ironía, el autoritarismo en las aulas, aunque

Sur» encuentra amplio eco en algunos sonetos de «Brezo en Flor», donde convergen el existencialismo, la metafísica y un fuerte desasosiego vital que alumbran una cosmovisión especial, compensada siempre con una desbordada sensualidad y un lenguaje que no quiere nunca olvidar que el arte aspira siempre a ser materia artística, según preconizara Teófilo Gauthier.

José M^a OCAÑA VERGARA

*

EL PROFESOR JUAN BERNIER QUE YO CONOCI

Corría el año 1968 y en los albores de mi ejercicio profesional fui destinado a la entonces Escuela Normal de Córdoba, que estrenaba por aquellos días edificio, por cierto nada adecuado a su función, en el barrio del Sector Sur.

En el Colegio de Prácticas «San Juan de la Cruz», anejo a la entrañable Normal, ejercía como profesor, de los llamados «anejistas», un hombre ya en aquellos tiempos ilustre por su pluma hecha versos y por sus andanzas impregnadas de arqueología provincial que se llamaba Juan Bernier Luque.

Supe de él que fue amigo de mi padre desde su infancia, que ambos estudiaron juntos la carrera de Magisterio y que nuestras respectivas familias habían estado relacionadas, por razones topográficas y viajeras, desde mucho tiempo atrás.

Supe de él que era abogado, profesión por la que no sentía la más mínima vocación, si bien su estudio le había proporcionado una profunda formación humanística y una amplia y certera visión de las gentes y de su entorno más próximo, como diría Ortega y Gasset.

Supe de él que era académico y que entendía lo académico en el más claro sentido unamuniano y un articulista de prensa que cosechaba por ello unas escasas monedas y no pocos sinsabores.

Y todo lo supe por sus propias confesiones, en largas charlas y paseos por el arbolado patio de su colegio. Colegio en el que ejercía su labor docente, ciertamente tan poco vocacionado a ella como a la jurídica, pero a la que amaba como proporcionadora de su principal medio de vida. Por eso la ejercía con dignidad siempre y hasta con cierto entusiasmo a veces. Pude constatar a menudo que sus alumnos lo querían como a un padre y lo admiraban como a un sabio.

Otro tanto venía a ocurrir con los alumnos de la Escuela Normal que temporal o parcialmente asistían como aprendices a sus clases o realizaban con él las prácticas que la legislación del momento exigía.

Bernier fundamentaba sus principios pedagógicos en la tolerancia de quien se ve coronado de la sabiduría y es capaz de encauzarla hacia los demás. Por eso rechazó siempre, con humor y hasta con ironía, el autoritarismo en las aulas, aunque

éste se recomendara desde lujosos despachos, y el «didactismo» libresco tan propio de la época.

Eran años duros para la docencia. Las circunstancias políticas amordazaban las libertades y ponían freno o al menos alicortaban con frecuencia y sin escrúpulos todo arranque de creatividad. El docente estaba obligado al sacrificio, incluso al que toca la raya del heroísmo. Por eso al entrar en vigor el plan de estudios de 1967 —émulo del nunca bien ponderado «plan profesional» que instituyera la Segunda República Española—, Bernier, único profesor de la Escuela Aneja con titulación superior, fue moralmente obligado a impartir las clases de inglés que exigía el referido plan de 1967. Formamos parte del mismo claustro durante algunos años y fui testigo del noble interés que se tomaba en favor de unos alumnos a los que, nuevamente y desde el «plan profesional», volvía a exigírseles la titulación de los bachilleres para ingresar en las Escuelas Normales.

A Juan se le veía feliz entre alumnos universitarios, entre aquellos jóvenes que asistían, aunque un tanto escépticos, a una nueva revalorización de los estudios de Magisterio.

Por entonces salíamos frecuentemente al campo, recorriendo veredas provinciales, y derramaba sobre ellos —sobre nosotros sería más exacto— verdaderas lecciones de vida. El pago de Ballesteros en mi pueblo natal, la «Aljabara» de Spínola o la de Cárdenas en el término de Hornachuelos, fueron repetidos escenarios de sus magistrales enseñanzas. María del Carmen Spínola, Argimiro Vergara, Joaquín Cabanás, Pilar Tuñón y tantos otros aprendimos el lenguaje del subsuelo, a catar vinos, a pronosticar el tiempo atmosférico, a entender a los gitanos aceituneros en sus saraos y a tantas cosas más.

Pero un día Juan se jubiló. Se alejó de la Aneja y de la Normal y sentó cátedra en la calle, en el bar, en la terraza..., en la vida en suma.

Tuvo tiempo, mucho tiempo, para dedicarse con unción a la arqueología. Y así fue llamado a otro magisterio. La Universidad que empezaba lo nombró profesor colaborador en la materia, distinguiéndolo con ese título honorífico.

Sirvan estas líneas de homenaje póstumo a quien pudo desarrollar su destino vocacional de poeta y de arqueólogo porque fue antes y sobre todo el profesor Juan Bernier.

Joaquín CRIADO COSTA

*

JUAN BERNIER, ARQUEOLOGO DE CAMPO

Excmo. Sr. Director, Sr. Teniente de Alcalde y Corporación de La Carlota, señores Académicos y Cronistas, autoridades, amigos todos:

Mis tareas pastorales de esta Cuaresma me hacen de todo punto imposible estar en esta noche en La Carlota como hubiera sido mi deseo. A esa misma hora tengo la responsabilidad de predicar un quinario en La Rambla ante esa admirable imagen de Juan de Mesa que es Jesús Nazareno. Pero al menos sí quiero unirme espiritual y afectivamente al homenaje que hoy se tributa a un hombre, Hijo Predilecto de Córdoba, humano y sencillo, poeta ilustre del Grupo Cántico, maestro ejemplar y abogado, escritor de brillante prosa, arqueólogo de campo, Numerario de nuestra Real Academia.

Tiene motivos La Carlota para sentirse orgullosa de D. Juan Bernier. Aún recuerdo su primera visita a Montemayor. Fue una mañana de 1968. Llegó en compañía de D. Rafael Castejón y D. Juan Gómez Crespo. Andaba yo por aquel entonces recopilando datos y restos arqueológicos para conocer los orígenes y vida de la antigua Ulía. Había escrito algunos comentarios sobre el tema en el *diario Córdoba*. Había también cruzado algunas cartas en el periódico con mi querido y admirado amigo y compañero D. Francisco Crespín Cuesta. D. Juan Bernier —que conocía el tema muy bien— quiso intervenir con algunos comentarios en el mismo periódico. Y antes de nada quiso conocer «in situ» a la persona, y a los restos arqueológicos que apenas había comenzado a coleccionar. Les invité a almorzar y desde los primeros minutos comprendí que estaba ante un hombre —cuya fama ya conocía por sus versos y por sus escritos— pero que sobre todo comenzaba a ser para este modesto aficionado, un formidable maestro. Fue D. Juan Bernier quien primero me facilitó libros de arqueología, y me animó a proseguir en una labor que era para mí apasionante. Aquella visita —y otras posteriores— quedaron para siempre reflejadas al recopilar en el libro «Tierra Nuestra» muchos de sus artículos publicados en Córdoba. Ese libro es el mejor testimonio de su labor ingente como arqueólogo de campo. D. Juan no se limitó a beber en fuentes ajenas, a repetir lo que otros habían dicho. Durante bastantes años, casi en solitario, D. Juan acompañado de algún estudiante, de algún que otro «quijote» recorrió cerros, cañadas, cortijos, iglesias, castillos, ruinas. D. Juan Bernier recorrió todos los pueblos, todas las aldeas, descubriendo recintos ibéricos, inscripciones. Se granjeó la amistad y afecto de quienes sentían en lo más hondo de su entraña interés por salvar al patrimonio, fuera un castillo, una ermita o un mosaico romano. El tomaba nota de todo y cuando por la noche llegaba a casa daba forma a sus apuntes para mandar al periódico los artículos o ir formando un libro.

Tuve el gozo de acompañar a D. Juan en bastantes correrías. Unas por los alrededores de Montemayor. Otras por Monturque, Santaella, Aguilar, Puente Genil, Castro, Cabra y Córdoba. A veces en nuestro modesto seiscientos, que se convertía en «todo terreno». Particularmente dura fue nuestra escalada al llamado «Cerro de La Mazmorra» por el tremendo calor de Agosto. Allí pudimos descubrir con gozo las ruinas de dos recintos ibéricos. Cuando terminábamos las correrías arqueológicas irremisiblemente dábamos con nuestros huesos en alguna taberna donde reponíamos fuerzas con una buenas tapas de chorizo y unas copas de vino. Yo seguía atentamente las explicaciones que sobre el terreno nos iba dando, camino de los recintos o de las villas romanas. De él aprendí a fijarme en el más pequeño trozo de cerámica, en una piedra que todos despreciaban. Y desde el primer paseo me hizo descubrir la importancia de esa asignatura que no se aprendía en los libros sino en el pateo, con sudor y polvo.

Era el suyo un trabajo duro. Una labor que casi siempre le costaba sudor y dinero. Fue además un trabajo desinteresado. D. Juan Bernier nunca quiso aprovecharse de los hallazgos para hacer negocio o ganar dinero. Cuanto cayó en sus manos fue a parar a los museos locales, o al Museo Provincial o a los Ayuntamientos.

Cuando más tarde la Real Academia se dignó nombrarme miembro Numerario inmediatamente pensé en D. Juan Bernier para que constestara mi discurso. Lo aceptó complacido y toda su disertación versó sobre esa labor de arqueología de campo que tanto había practicado a lo largo de no pocos años. En los últimos años de su vida, los problemas con sus bronquios, le hizo imposible proseguir esa búsqueda incansable de objetos y restos por los pueblos de La Sierra o La Campiña. Pero todos los años me visitaba para conocer con idéntico empeño las mejoras realizadas en el Museo de Uliá, por el incremento de los hallazgos de los últimos doce meses. Y poco más de un año antes de morir, estuvo en Montemayor ultimando todo para la publicación del sexto tomo del catálogo artístico y monumental.

Conté además en D. Juan Bernier con un defensor acérrimo de los museos locales. Por este motivo pasamos entonces más de uno y más de dos no pocos malos ratos. Nos acusaron de expoliadores, y hasta nos amenazaron con llevarnos a la cárcel, por el «delito» de salvar un patrimonio del que nadie había hecho nada por rescatar. En plena siesta, y hasta en plena noche de luna llena, algunos quijotes subidos a un tractor mientras fondeaba la tierra para plantar viñas, esperábamos con ojos abiertos que aflorara a la superficie alguna ánfora, una inscripción, una moneda o un trozo de tubería en la finca Zargadilla. La Real Academia de Córdoba, por la actitud enérgica de D. Rafael y de todo el Cuerpo, tuvo que romper una lanza en defensa de estos «depredadores» tan despreciados. Hoy, gracias a Dios, y a la sensatez, de no pocos dirigentes, los museos locales son una realidad cada vez más extendida. Son muchos los pueblos que se honran en contar con un museo, que constituye la salvaguarda mejor del mismo patrimonio. Museos que han sido posible gracias a esa arqueología del campo, tan ardientemente defendida por D. Juan Bernier Luque.

Hoy honramos su memoria y rendimos tributo de admiración por cuanto hizo en servicio de esta Córdoba y sus pueblos que él tanto quería y tanto defendió. Su ejemplo y su testimonio serán para nosotros un horizonte donde mirar, una senda donde poner los pies.

Para todos mi saludo cordial y mi afecto.

Pablo MOYANO LLAMAS

*

JUAN BERNIER, UN AMIGO EN EL RECUERDO

Ilustrísimos señores y señoras, dignísimas autoridades y pueblo de La Carlota. Con gran honor me desplazo hoy a este precioso y laborioso pueblo a rendir tributo de homenaje a uno de los hijos más preclaros.

Era el suyo un trabajo duro. Una labor que casi siempre le costaba sudor y dinero. Fue además un trabajo desinteresado. D. Juan Bernier nunca quiso aprovecharse de los hallazgos para hacer negocio o ganar dinero. Cuanto cayó en sus manos fue a parar a los museos locales, o al Museo Provincial o a los Ayuntamientos.

Cuando más tarde la Real Academia se dignó nombrarme miembro Numerario inmediatamente pensé en D. Juan Bernier para que constestara mi discurso. Lo aceptó complacido y toda su disertación versó sobre esa labor de arqueología de campo que tanto había practicado a lo largo de no pocos años. En los últimos años de su vida, los problemas con sus bronquios, le hizo imposible proseguir esa búsqueda incansable de objetos y restos por los pueblos de La Sierra o La Campiña. Pero todos los años me visitaba para conocer con idéntico empeño las mejoras realizadas en el Museo de Uliá, por el incremento de los hallazgos de los últimos doce meses. Y poco más de un año antes de morir, estuvo en Montemayor ultimando todo para la publicación del sexto tomo del catálogo artístico y monumental.

Conté además en D. Juan Bernier con un defensor acérrimo de los museos locales. Por este motivo pasamos entonces más de uno y más de dos no pocos malos ratos. Nos acusaron de expoliadores, y hasta nos amenazaron con llevarnos a la cárcel, por el «delito» de salvar un patrimonio del que nadie había hecho nada por rescatar. En plena siesta, y hasta en plena noche de luna llena, algunos quijotes subidos a un tractor mientras fondeaba la tierra para plantar viñas, esperábamos con ojos abiertos que aflorara a la superficie alguna ánfora, una inscripción, una moneda o un trozo de tubería en la finca Zargadilla. La Real Academia de Córdoba, por la actitud enérgica de D. Rafael y de todo el Cuerpo, tuvo que romper una lanza en defensa de estos «depredadores» tan despreciados. Hoy, gracias a Dios, y a la sensatez, de no pocos dirigentes, los museos locales son una realidad cada vez más extendida. Son muchos los pueblos que se honran en contar con un museo, que constituye la salvaguarda mejor del mismo patrimonio. Museos que han sido posible gracias a esa arqueología del campo, tan ardientemente defendida por D. Juan Bernier Luque.

Hoy honramos su memoria y rendimos tributo de admiración por cuanto hizo en servicio de esta Córdoba y sus pueblos que él tanto quería y tanto defendió. Su ejemplo y su testimonio serán para nosotros un horizonte donde mirar, una senda donde poner los pies.

Para todos mi saludo cordial y mi afecto.

Pablo MOYANO LLAMAS

*

JUAN BERNIER, UN AMIGO EN EL RECUERDO

Ilustrísimos señores y señoras, dignísimas autoridades y pueblo de La Carlota. Con gran honor me desplazo hoy a este precioso y laborioso pueblo a rendir tributo de homenaje a uno de los hijos más preclaros.

Conocí a Juan hace muchos años, nuestra amistad surgió por nuestra por nuestra afición a la historia y a la arqueología. Creo que él y D. Rafael Castejón marcaron para siempre esa otra faceta de mi vida, fuera de mi profesión médica.

Juan amaba la tierra cordobesa, por ese título de aquella serie de artículos titulados *Tierra nuestra*, que luego se plasmaron en un libro, son bien expresivos de su amor por Córdoba; por esta causa recorrió prácticamente todos los pueblos y puntos de nuestra provincia.

Fue un hombre afortunado: se jubiló como Maestro Nacional relativamente joven, pudiéndose dedicarse por completo a su *hobby* favorito. Fruto de esa actividad son los preciosos volúmenes del Catálogo Artístico y Monumental de la provincia de Córdoba, escritos en colaboración con otros académicos algunos también por desgracia desaparecidos. Como Dionisio Ortiz Juárez fue el alma de esa magna obra, que debe continuar en honor suyo y bien de nuestra provincia.

Durante muchas tardes estivales me reunía con él en la terraza del Bar Si-roco donde con temple senequista hablaba conmigo y otros contertulios de todo; una vez me consultaba asuntos personales médicos: de su tensión arterial, que pese a ser pediatra le medí muchas veces, del vino y la salud, y sobre todo de la historia medieval musulmana de nuestros pueblos. Yo le suministré todos los datos históricos de la época musulmana de cada uno de los pueblos que se iban publicando en los diversos volúmenes del Catálogo Histórico Artístico Provincial.

El primer trabajo que hice sobre las «coras» de al-Andalus lo lei en nuestra Real Academia por indicación y mediación suya. También con su apoyo ingresé como académico correspondiente en ella en 1976. El me animaba a seguir investigando en el pasado histórico hispano-árabe de nuestra tierra musulmana. A todo el mundo ayudaba y jamás sintió envidia de nadie. A todos apreciaba y a cada uno daba su justo sitio.

Mi amistad sincera la conservé hasta el último día de su larga vida que como hombre de bien Dios prolongó. Con su sensatez cuando algún médico le prohibía cosas por su hipertensión o por su bronquitis crónica él me consultaba y me decía: «Antonio todos los alimentos, incluidos las grasas y el vino, con moderación, no me pueden hacer daño». Y yo le contestaba afirmativamente diciéndole: «Juan tu que eres un hombre que duerme con la conciencia tranquila y que vives con moderación de cuerpo y alma vivirás mucho con un poquito que te cuides». Y no me equivoqué. Hasta el último día en que espiró nunca se privó de una copita de ese néctar que tanto sirve para mantener un buen tono vital a cierta edad.

Participaba en numerosas tertulias de amigos donde reinaba la sana amistad y florecía la cultura. Y hasta su último anhelo mantuvo su mente prodigiosa, llena de moderación y de sensatez.

Su prosa y su poesía son puro reflejo de su inteligencia y extraordinaria sensibilidad para todo.

Tenía verdadero instinto arqueológico, instinto que tiene un origen germánico como su apellido. Pero tenía la virtud de ser constante y trabajador, como son los hombres de esta tierra que han atemperado su sangre alemana por la influencia de esta maravillosa tierra andaluza.

Gracias a su labor poseemos hoy los historiadores cordobeses datos importantísimos sobre el pasado histórico de nuestra provincia. Sus obra tienen además una prosa bellísima llena de amor romántico por el paisaje cordobés.

Su vida es ejemplo de moderación y austeridad. En su vivir diario se nutrió de un intenso amor a la cultura, de la amistad y de una copita de vino cordobés.

Un recuerdo emocionado para este amigo entrañable que nunca olvidaremos. El supo hacer suya aquella frase de Marco Tulio Cicerón, que dice: «prudencia es el arte de saber vivir». Vivió muchos años gracias a la sencillez y prudencia infinitas.

Antonio ARJONA CASTRO

*

RECUERDO DEL POETA JUAN BERNIER

Conocí a Juan Bernier en la primavera cordobesa de 1943. Al mismo tiempo que a los poetas Pablo García Baena y Julio Aumente. Pocos días antes Gabriel García-Gill me había presentado a Ricardo Molina por quien fui invitado a participar en una de aquellas lecturas poéticas de la «Peña Nómada», ocasionalmente asentada en una vieja taberna de la calle Morería: «Casa Camilo», lugar donde desfilarían en heterogénea y detonante mezcla, músicos, pintores, rapsodas, «cantaos», académicos, libreros y por supuesto poetas que protagonizaron inolvidables sesiones, solemnes algunas y absurdas y borrascosas otras, aunque siempre cargadas de divertidas anécdotas. Sesiones más tarde evocadas por Bernier en una serie de crónicas periodísticas firmadas bajo el seudónimo de «Linceus» que hoy constituyen una curiosa aportación a la «pequeña gran historia» de la Córdoba literaria de aquel tiempo.

Tiempo relacionado al ambiente poético de la ciudad de entonces, con recepciones de poetas amigos celebradas en la «Bodega de Pepe Diéguez» o en las tabernas de «El Gallo» y la «Sociedad de Plateros». Memorable encuentros con Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Vicente Aleixandre, con «peroles» organizados por Ricardo Molina en honor a nuestros ilustres visitantes y entre ellos, además de los citados, los poetas Adriano del Valle, Alejandro Buisocanu, Joaquín de Entrambasgüas y Joaquín Romero Murube.

Años de ilusionada actividad literaria, sufrida y gozada por cotidianas calles luminosas con escaparates de nuestra revista en la Librería Luque, diseñados por Miguel del Moral y horas de corrección tipográfica en la imprenta «La Ibérica», bajo su oscura nave del callejón de Duque de Hornachuelos. Momentos únicos, instantes inolvidables entre los que recuerdo a Bernier, un tanto ausente, como esfumado y con apariciones sensacionales en ocasiones tan solemnes como aquella primavera velada en honor del poeta inglés Charles David Ley, celebrada por nosotros

Gracias a su labor poseemos hoy los historiadores cordobeses datos importantísimos sobre el pasado histórico de nuestra provincia. Sus obra tienen además una prosa bellísima llena de amor romántico por el paisaje cordobés.

Su vida es ejemplo de moderación y austeridad. En su vivir diario se nutrió de un intenso amor a la cultura, de la amistad y de una copita de vino cordobés.

Un recuerdo emocionado para este amigo entrañable que nunca olvidaremos. El supo hacer suya aquella frase de Marco Tulio Cicerón, que dice: «prudencia es el arte de saber vivir». Vivió muchos años gracias a la sencillez y prudencia infinitas.

Antonio ARJONA CASTRO

*

RECUERDO DEL POETA JUAN BERNIER

Conocí a Juan Bernier en la primavera cordobesa de 1943. Al mismo tiempo que a los poetas Pablo García Baena y Julio Aumente. Pocos días antes Gabriel García-Gill me había presentado a Ricardo Molina por quien fui invitado a participar en una de aquellas lecturas poéticas de la «Peña Nómada», ocasionalmente asentada en una vieja taberna de la calle Morería: «Casa Camilo», lugar donde desfilarían en heterogénea y detonante mezcla, músicos, pintores, rapsodas, «cantaos», académicos, libreros y por supuesto poetas que protagonizaron inolvidables sesiones, solemnes algunas y absurdas y borrascosas otras, aunque siempre cargadas de divertidas anécdotas. Sesiones más tarde evocadas por Bernier en una serie de crónicas periodísticas firmadas bajo el seudónimo de «Linceus» que hoy constituyen una curiosa aportación a la «pequeña gran historia» de la Córdoba literaria de aquel tiempo.

Tiempo relacionado al ambiente poético de la ciudad de entonces, con recepciones de poetas amigos celebradas en la «Bodega de Pepe Diéguez» o en las tabernas de «El Gallo» y la «Sociedad de Plateros». Memorables encuentros con Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Vicente Aleixandre, con «peroles» organizados por Ricardo Molina en honor a nuestros ilustres visitantes y entre ellos, además de los citados, los poetas Adriano del Valle, Alejandro Buisocanu, Joaquín de Entrambasgüas y Joaquín Romero Murube.

Años de ilusionada actividad literaria, sufrida y gozada por cotidianas calles luminosas con escaparates de nuestra revista en la Librería Luque, diseñados por Miguel del Moral y horas de corrección tipográfica en la imprenta «La Ibérica», bajo su oscura nave del callejón de Duque de Hornachuelos. Momentos únicos, instantes inolvidables entre los que recuerdo a Bernier, un tanto ausente, como esfumado y con apariciones sensacionales en ocasiones tan solemnes como aquella primavera velada en honor del poeta inglés Charles David Ley, celebrada por nosotros

en una taberna del Campo de la Verdad, a la otra orilla del río, con acompañamiento de guitarra y «soleares» de Pepe Lora y del Viejo Morales...

En la última conversación que mantuve con Juan, junto a la barra del «Bar Si-roco» pocos días antes de su muerte, me habló precisamente de nuestro conocimiento personal en aquella lejana primavera cordobesa y de la evocación que de este encuentro hacía en sus «Memorias». Era la época que precedió a la fundación de la revista «Cántico». Inolvidables días de los años cuarenta cuando aún «nos vestíamos con el más oscuro de nuestros trajes, usábamos de la colonia y de los «Chester» y éramos gente importante...», como él escribió en uno de sus poemas de «Aquí en la tierra».

Juan Bernier, uno de los poetas más significativos de nuestra poesía española contemporánea. Poeta de poderosa rotundidad y belleza expresiva, a quien en su ausencia quisiera recordar ahora con motivo de este homenaje que se le tributa en su propia tierra con los versos finales de aquél tremendo poema suyo, cuando dice:

«...hasta que un día
nos vestían enteramente con el más oscuro de nuestros trajes,
nos enfundaban entre madera pintada de negro
y éramos otra vez hombres importantes
entre una comitiva de hombres importantes».

Mario LOPEZ LOPEZ